

Irati Elorrieta

Luces de invierno



Serie dirigida
por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste
Luces de invierno, Irati Elorrieta

En preparación:

The New Wilderness, Diane Cook

IRATI ELORRIETA

Luces de invierno

Prólogo de Eburne Portela

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Neguko Argiak*
Traducción del euskera: Jon Gerediaga y Irati Elorrieta

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2021

© Irati Elorrieta Aguirre, 2021
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency
© de la traducción: Jon Gerediaga y Irati Elorrieta, 2021
© del prólogo: Edurne Portela, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 9571-2021
ISBN: 978-84-18807-10-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Las ventanas son para una casa lo que
los cinco sentidos para la cabeza.

K. MARX
18 de Brumario de Luis Bonaparte

Prólogo de Edurne Portela

Irati Elorrieta ganó el Premio Euskadi de Literatura en Euskera 2019 con *Neguko argiak* (Pamiela, 2018). La propia autora, junto con Jon Gerediaga, ha traducido al castellano esta novela bella y delicada, narrada con un lenguaje poético sin pretensiones, caleidoscópica y fluida, una novela de personajes nómadas que no se desprenden de sus raíces.

Luces de invierno nos transporta a un Berlín contemporáneo, el lugar donde convergen todos los personajes que rodean a la protagonista, Añes, una mujer vasca que dejó su pueblo para irse a París y de ahí, por avatares que irás descubriendo mientras saboreas esta novela, a Berlín. Berlín es el centro pero cada personaje tiene una historia y unas raíces que, si bien no determinan su vida, sí las marca indeleblemente. El desarraigo y los afectos encontrados que provoca –melancolía y sensación de libertad, desapego y necesidad de memoria, soledad e independencia– es uno de los hilos que teje la trama. En ese desarraigo, o en las vidas de nómadas y migrantes, caben muchas otras vidas: relaciones de pareja en las que el maltrato psicológico es evidente pero que se mantienen tal vez para paliar la soledad, amistades que serán para toda la vida y sobreviven a los desencuentros, amistades volubles que desaparecen con el movimiento, historias cruzadas, historias entrelazadas. En estas páginas se encuentran vascas y vietnamitas, daneses y japonesas, alemanes y francesas, cada una con un pasado que empuja o que pesa, cada uno con un presente que se hace vivible a través de la creación de lazos afectivos y comunitarios fuera de la institución de la familia.

Es una novela en la que el movimiento en el espacio, la experiencia de migración, es fundamental, pero además ese mo-

vimiento en el espacio se da también en el tiempo. Los personajes y particularmente Añes, la protagonista, es muy consciente de que cada lugar tiene una historia y que el tiempo pasado permea el presente. Los lugares son, para Añes, una especie de palimpsesto: quitando la capa de papel pintado en la pared surge la historia de los inquilinos anteriores, debajo de los adoquines del presente se oyen las voces del pasado, los cimientos de las nuevas casas se construyen sobre las ruinas donde todavía habitan los fantasmas. La realidad en *Luces de invierno* está llena de grietas por las que se cuele el tiempo invisible con el que convivimos. Y en particular, se cuele Esteban, que visita a Añes recordándole cuestiones que quedaron irresueltas. Xuan, el amigo vietnamita de Añes, le dice: «El pasado y el presente existen al mismo tiempo. Al mismo tiempo y en la misma habitación, ¿entiendes? ¡Los antepasados viven en el cuarto de estar! Es una forma de entender el tiempo, y amplía el sentido de familia». Esta forma de entender el tiempo, fluida y hospitalaria, impregna la novela.

La tenue luz del invierno que nos presenta Elorrieta guía a estos personajes migrantes que tienen dos formas de asirse a la realidad: a través de la memoria de quiénes han sido y de dónde vienen, de qué heridas configuran su cuerpo, y a través de los vínculos afectivos que van creando en el presente. Esta novela es una reflexión honda y emotiva, a partir de una mirada íntima que explora la cotidianidad de la vida, sobre la amistad, la creación de lazos comunitarios, el desarraigo y el arraigo, la migración, sobre la búsqueda de afecto y de un lugar en la vida donde seguir creciendo.

1. Marta encuentra un sitio para Añes

Ya el primer día voces extrañas llenaron el piso. En una habitación roja, un balcón que daba a la calle, y, en la cocina, una ventana que miraba hacia el patio. Las voces extrañas lo llenaron todo, a pesar de que habían mantenido abiertas de par en par la puerta del balcón y la ventana de la cocina toda la semana. Cuando Marta ayudó a Añes a preparar el piso de Berlín, los secretos guardados en sus rincones empezaron a hablar. Llevaron en el coche de Martín la moqueta mugrienta y el armario de la cocina hecho trizas al punto de reciclaje. Limpiaron las ventanas, rasparon la porquería acumulada en las hendiduras de las puertas, y frotaron con fuerza la costra negra pegada a las baldosas.

Quitaron el papel de la pared, que en algunas zonas tenía varias capas, y debajo apareció una larga carta: «*Mein liebes Mädchen*». Estaba escrita a lápiz directamente sobre la pared y parecía ir dirigida a una chica. Las líneas torcidas ocupaban todo el ancho de la pared: «*Du hast dich wohl dafür entschieden, in Polen zu bleiben*». Iba dirigida a alguien que, en lugar de estar en casa como se esperaba, había decidido permanecer en Polonia. A la decepción, le seguía una confesión de culpa, y eso convertía inmediatamente a la chica en mujer. Era el arrepentimiento de alguien que, en los últimos meses, no había conseguido ser el marido perfecto. *Den perfekten Mann*. Que había estado terriblemente ocupado, y bla, bla, bla, el rollo de siempre, la excusa perfecta para no dar ya tantos besos como antes. Y, de pronto, «*so einsam ohne dich*», el pánico a la soledad, el miedo a ser abandonado.

Un «te quiero» de esos que se dicen demasiado tarde en la pared de la casa que Marta había encontrado en Berlín para

Añes. Que llevaba mucho tiempo sin decirlo, pero que su «*ich liebe dich*» era de verdad. Marta y Añes leyeron poco a poco la carta, a medida que iban arrancando de la pared las tiras de papel rojo.

En el piso de París, tuvieron un viejo dibujo al carboncillo en una pared, y no podían creerse la extraña correspondencia que se había creado con aquella otra pared de Berlín. Marta tuvo en su cuarto una caricatura de Napoleón III; un hombre que había sido poderoso y después degradado a la categoría de chiste. Otro perdedor. Una inscripción rodeaba la cabeza del emperador que se había rendido ante los prusianos: «*Badinguet le lâche*». *Badinguet* era su apodo; el juicio del pueblo, *el cobarde*. El joven que le enseñó la casa le contó que, al renovar la habitación, bajo muchas capas de papel, había quedado al descubierto la pared original, repleta de dibujos al carboncillo. La mayoría eran bocetos hechos con líneas ligeras, algunas casi imperceptibles. Él le mencionó dos que se le habían quedado grabadas: un árbol –símbolo de la libertad– y un cura tripón vestido con sotana –símbolo de anticlericalismo. Sin embargo, la caricatura de Napoleón III estaba dibujada con mucha precisión y, cuando pintó la habitación de color pista-cho, en lugar de cubrirla, la dejó a la vista.

–Marta, ¿sabes qué? Ya se te nota la tripa.

Marta estaba subida a una escalera, con una lima en la mano, y Añes le miraba la tripa, que había empezado a crecer en su delgada figura.

–¿De verdad? –Marta se acarició la tripa con la mano que tenía libre–. Todavía no estoy ni de cinco meses.

Añes ablandó con el vaporizador el papel que escondía el siguiente párrafo. El marido preguntaba a la mujer que no había vuelto a casa si recordaba lo difícil que había sido el principio. Mencionaba los problemas que tuvieron para llegar desde Polonia, para esperar a casarse, los cinco días comiendo espaguetis con dinero polaco de la mafia del tabaco. Unidos a los trámites para atravesar la frontera, las batallas privadas, codificadas, de una pareja. Destaparon frase por frase toda la carta. «*Was ist seitdem passiert?*» ¿Y después, qué? ¿Cómo soste-

ner el amor? Cuando vio el peligro de ser abandonado, el marido quiso recuperar lo perdido. Marta y Añes podían haber sentido compasión; sin embargo, el tono les pareció demasiado lacrimoso. Por favor, *bitte*, no me dejes solo otra vez. ¿Quién le había dicho que tendría otra oportunidad? Cuando Añes decidió de un día para otro dejar a Bruno, no tuvo piedad. «*So schmerzhaft!*» ¿Doloroso? Demasiado tarde.

Mientras Añes aflojaba la última tira de papel rojo, les sobresaltó el timbre de la casa. La puerta no tenía mirilla y abrió con recelo. Tras introducir un palo en la abertura, un hombre viejo entró dando un único y sólido paso. Parecía el mismísimo Don Quijote, o una curiosa variación de este; en lugar de lanza llevaba una fregona. Invadió la pequeña entrada de la casa y obligó a Añes a retroceder.

—¿Dónde está el señor Kappe? —Agitando la fregona.

—No sé.

—¿Eres su mujer? —Añes negó con la cabeza—. Entonces, ¿qué haces aquí?

—Vivo aquí. —Esta vez con decisión.

—¿Y a qué esperas para cambiar la placa? ¡Cómo voy a saber que no eres la señora Kappe! ¿Y qué es toda esta basura? —Señalando con el mango de la fregona los trastos apilados frente a la puerta de Añes.

—Estoy renovando la casa, pintándola y eso. Todavía no he terminado.

—Déjalo todo limpio, ¿eh? ¡Que los vecinos no piensen que no hago mi trabajo como es debido! A estas escaleras no se les puede pedir milagros, pero, al menos, que estén limpias. Ese es mi trabajo. ¿Entiendes? No quiero quejas de nadie.

El de Añes era el último piso, y nadie más subía hasta allí, ya que la vivienda situada junto a la suya estaba sin alquilar por problemas de humedades. Pero Añes le aseguró que lo entendería, y que dejaría la escalera limpia. Cuando iba a cerrar la puerta, el hombre repitió que no quería que nadie pensara que él hacía mal su trabajo.

—¡Se me ha metido un viejo loco en casa! —Añes se quedó boquiabierta.

Tras contener la risa un momento, Marta estalló:

–Será mejor que te lleves bien con ese.

Luego sacó una foto a la carta.

–¡Añes, tienes en casa una historia de amor de cuando terminó la Guerra Fría! Un resto de ella, al menos.

Las dos rieron.

–¡Parece la letra de una mala canción! Vete a saber. En aquel momento casarse sería la única manera legal de salir de Polonia.

Marta admitió que esa razón podía explicar el haber visto en aquel hombre más virtudes de las que realmente tenía. Abrió el bote de pintura blanca con una navaja.

–Ahora todo es más complicado que antes –dijo–. Mira, Irán quiere tomar parte en el negocio nuclear, y nadie sabe cómo salir airosos del asunto.

Aquella tarde hablaron de Irán. Añes puso en duda que los presidentes Obama y Ahmadinejad consiguiesen llegar a un acuerdo. Marta esperaba que encontraran alguna manera de que las situaciones de Afganistán e Irak no se volvieran a repetir. Hablaron del Irán que aparecía en las noticias, y de la otra imagen que ellas tenían de aquel país. Las dos amigas compartían su simpatía por los iraníes. Algunas semanas antes, miles de ellos habían salido a la calle en Teherán para denunciar el fraude electoral. Ahmadinejad aplastó por medio de la violencia las mayores movilizaciones habidas en Irán desde 1979. Tanto Marta como Añes habían conocido la Revolución de 1979 contada en viñetas en blanco y negro. Incluso antes de haber leído *Persépolis* en casa de Marta, Añes conocía Irán gracias a las películas del «Cinema Paradiso» de su pueblo. Aunque lo intentó, nunca consiguió contagiar a Bruno la fascinación que le producían las películas iraníes.

Sin dudarle, cubrieron la carta con pintura blanca. Las últimas palabras, «*bitte, geh nicht weg*». Dijo todo aquello porque no había sido capaz de decir «por favor, no te vayas». A veces se dice cualquier cosa, se dicen burradas, cuando lo que de verdad se quiere decir resulta impronunciable. Pedir a alguien que no se vaya es una manera de tocar fondo. Tal vez, la mujer que sintió

el impulso de hacer las maletas y volver a Polonia cuando las cosas se torcieron ni siquiera había leído nunca la carta.

Añes también se largó sin dar ninguna explicación a Bruno, cuando hizo las maletas y se fue a vivir a la casa de Marta en Rue des Gobelins. A partir de septiembre, Marta y Añes volverían a vivir en la misma ciudad. No juntas, como en París, sino una a cada lado del parque, una en cada lado de esa frontera que, en algún tiempo, había dividido en dos la ciudad entera.

Salieron al balcón a comer la tortilla de patatas que había hecho Añes. El balcón era estrecho, y estaban sentadas en el alféizar de la ventana que daba a él, sobre una calle con poca circulación. A la derecha del edificio blanco que tenían justo delante, había un hermoso sauce que fascinó a Añes desde el primer día.

—De París, no vine directamente a Berlín —dijo Marta, con la mirada lejos, al otro lado del parque, en el lugar donde se dibujaban las líneas de la ciudad.

—¿Cómo que no?

La misma Añes había acompañado a Marta a Gare du Nord, para coger el tren.

—Visitó a un amigo en Bruselas. —Marta bebió el té en pequeños sorbos y apoyó la espalda contra la ventana—. Estaba embarazada y aun así paré en Bruselas.

Se rascó de las piernas los restos de pintura blanca que formaban blancos archipiélagos en su piel, y preguntó: «¿has tenido alguna vez una aventura?». Dejó muda a Añes. Apartó el plato a un lado; dobló las rodillas y las rodeó con los brazos.

—Sí, una vez. Pero me parece que aquella noche no existió realmente. —No recordaba más que fragmentos—. ¿Sabes cómo se recuerda un sueño? Pues así se me ha quedado.

—¿Se lo contaste a Bruno?

—¿A Bruno? No se lo he contado a nadie. A ti, ahora mismo, por primera vez.

—¿Y no te sentiste mal?

Añes negó con la cabeza.

—No. No pasé con Esteban más que aquella noche. Al poco tiempo se murió.

El vino descendió suavemente por la garganta de Añes. También el sol de agosto se estaba poniendo suavemente, dejando el cielo rojo sobre los bordes de la ciudad.

—Yo me siento mal porque no tengo ningún sentimiento de culpabilidad —dijo Marta. Vertió más vino en el vaso de Añes, y dejó la botella en una esquina del balcón.

Los últimos días los habían pasado borrando rastros de vidas ajenas. Pero en el momento que dieron por ocultos los secretos de los demás, Marta y Añes se confesaron historias que hasta entonces habían guardado en silencio.

Cuando preparó con Marta la casa de Berlín en verano, los turcos solían estar en las mesas que tenía la panadería en la acera, tomando té en vasos pequeños hasta pasada la medianoche. Añes sabe que decir *los turcos* es una mera simplificación, que ni siquiera es correcto, pero eso era lo que le parecía ver desde el balcón: la esquina de una ciudad turca en verano, el mar cerca. En los grupos de mujeres y de ancianos se fumaba un cigarro tras otro mientras jugaban al backgammon. Niños y niñas jugaban al escondite en los portales y en los huecos entre los coches, y a chutar el balón desde una punta a la otra del cruce. También frente al quiosco de la esquina, en las noches templadas, los chicos jóvenes pasaban las horas.

Añes está fumando un cigarro en el balcón y, ahora, el barrio está tranquilo en comparación con la vida de los atardeceres de agosto. De tanto en tanto, entradas y salidas al quiosco y a la taberna irlandesa que hay junto a la casa. El viento de otoño ha interrumpido la vida de la calle y sacude las delgadas ramas del sauce. El edificio de enfrente solo tiene una ventana iluminada. El día que Marta le enseñó el piso, dos mujeres las saludaron con la mano desde aquella ventana, una era alta, la otra rechoncha. Marta y Añes les devolvieron el saludo. La más corpulenta es la que ahora está en el ordenador. Añes la está mirando, pero es ella la que se siente observada. A su espalda, la mirada de la habitación la vigila.

En otro balcón, Añes y Marta contemplan una ciudad iluminada. París, sofocante noche de verano. Añes observa la piel morena de Marta. Marta, con el pelo revuelto, sin necesidad de sujetador, camiseta holgada, pantalones cortos. Una mano en la barandilla del balcón, la otra sostiene una taza de menta, la mirada dispersa queriendo buscar los límites de la ciudad. Alguien que sabe mantenerse a salvo en momentos críticos. Alguien sin miedo, en paz. De vez en cuando, gira la cabeza para mirar a Añes. Caen unas pocas gotas de lluvia, demasiado pocas para refrescar el calor bochornoso del ambiente o para saciar las plantas secas del balcón de Marta. Un último sorbo a la infusión, y, entrando al cuarto lleno de libros, Marta le dice «te voy a dejar una camiseta para dormir».

Añes vio las torres de libros en la habitación de Marta, pero no vio el medallón de Napoleón III dibujado en una de las paredes. Añes tenía la mirada en las transparencias de los laterales de las bragas de Marta, cuando esta se quitó la ropa y se puso otra camiseta. Marta le dio las buenas noches, y Añes, aunque había echado una pequeña siesta después del concierto de CocoRosie, cogió la cama con ganas. La habitación de la otra puerta que daba al balcón estaba vacía, aparte del futón que habían colocado sobre el suelo de madera. Añes se acostó abarcando todo el espacio de la cama y dejó de una vez por todas la costumbre de dormir hecha un ovillo en una esquina.

Cuando alrededor del mediodía Añes apareció en la cocina, Marta estaba preparando el café, descalza, con la camiseta que apenas le llegaba hasta debajo de los glúteos. Marta, con aspecto de recién levantada, la fascinó. Había un hombre moreno empapado en sudor sentado a la mesa de la cocina. Le estrechó la mano y se le presentó, «Fabio», sonriendo, y, después, siguió dando explicaciones a Marta, que si se hubiera levantado antes lo habría tenido acabado para el mediodía. Marta respondió de parte de las dos, que le ayudarían después de tomar el café.

Bajo el sol del mediodía, cruzando la Avenue de Gobelins con los trastos de Fabio en la mano. A ambos lados, los bloques haussmannianos de París con tejados abuhardillados.

Marta no tenía un cuerpo musculoso, pero a Añes le pareció que era fuerte. Cuando terminaron de meter los trastos de Fabio en el coche, en un ascensor antiguo, sacando del bolsillo las llaves de casa, Marta le dijo, «si te quieres quedar algún otro día más, tienes sitio». En el ascensor apenas había espacio para las dos, pero en casa de Marta se acababa de liberar una habitación. Añes se dio una ducha; se puso el vestido que le había dejado Marta y salió a la calle como si supiera adónde ir. En los próximos dos días no volvió a pasar por su casa y, para el tercero, ya tenía tomada la decisión de dejar a Bruno. Metió todas las cosas que pudo en dos maletas, dejó las llaves sobre la mesa y dijo «me voy». «¿Adónde vas a ir tú?», gritó Bruno amenazante. Añes ya no estaba de humor para responder. «¿Llevas tres noches fuera de casa y te crees que te vas a librar de dar explicaciones? ¿Me tomas por idiota? ¡Miserable pedazo de mierda! ¡Dime a la cara que te vas a follar con otro hijo de puta! Debe de ser un gran estúpido ese imbécil, eso sí, para contentarse en la cama con una basura como tú.» Sabía que esa era la última vez que oía los insultos de Bruno y soportó la arremetida final. «A mí por lo menos, no me has engañado nunca, cuando se dé cuenta de que eres una frígida, no tendrá la paciencia que he tenido yo contigo.» Añes dio un portazo al salir y, según bajaba por las escaleras, Bruno siguió diciendo perrerías: «¡No pensarías que después de haber estado follando en la cama de otro te iba a dejar volver! ¡Coño barato!». Añes no tenía intención de volver con Bruno y se metió en la habitación que había sido de Fabio en el apartamento de Marta en Rue des Gobelins. Tenían una habitación cada una; la cocina, compartida.

En el edificio de enfrente, la otra mujer se acerca por detrás a la que está trabajando en el ordenador; le acaricia un brazo. Le dirá que se va a la cama. La más corpulenta deja el trabajo y se pone a fumar en la ventana. Añes, como desde el tren, la saluda con la mano antes de entrar en casa.

2. Primeros encuentros

Vaciaron el piso de Añes hasta que las paredes y las viejas tablas del suelo quedaron completamente desnudas. Lo pintaron de blanco. Se esforzaron en borrar los rastros de la superficie. Mientras lo hacían, encontraron restos de antiguos inquilinos: además de la carta de la pared, la foto de pasaporte de una mujer joven y una carta de la oficina de protección de menores que pedía la devolución de una cantidad de dinero.

Añes no sabe si la mujer que volvió a Polonia y la de la foto son la misma. Llevaba un peinado cardado de los ochenta, una permanente hasta los hombros y flequillo. Una Ellen Ripley rubia. Añes no sabe si el hombre que estafó a la oficina de protección de menores es el mismo que escribió la carta a la mujer polaca, ni si fue quien empapeló las paredes y las pintó de rojo. Diría que el nombre grabado en la placa de la entrada, Kappe, y el del receptor del requerimiento de pago no coinciden. Añes afloja los tornillos de la placa, y pega en la puerta un adhesivo que lleva escrito «Arteaga» en tinta negra.

Tiene la ropa colgada en un burro metálico, los libros alineados en el suelo. Añes tiene demasiadas pocas cosas como para atenuar los murmullos del pasado. Llenan la habitación. Añes los inhala, y, dentro de ella, pidiendo cuentas, se enredan con los hilos de pensamientos apátridas.

Marta encontró la casa para Añes al otro lado de las vías del tren que rodean el centro de la ciudad. Marta leyó en el anuncio: «Calefacción de carbón, balcón, luminoso, 230 euros al mes». Cuando quiso concertar la cita para verlo, la señora Clausen, que vivía en el bajo, le dijo por teléfono «Mañana no puedo, vienen unas amigas a visitarme, y quiero llevarlas

a que vean el Center». El Center está junto a la estación Gesundbrunnen; la señora Clausen hace allí todas sus compras. En la calle en la que vive apenas hay tiendas: una panadería que sirve café filtrado, una farmacia y un quiosco que siempre está abierto.

Antes de nada, Añes se aprendió los nombres de los puentes. Hay tres puentes para ir del barrio de Añes hacia el centro, los tres por encima de las vías. Si sale de casa y va hacia la izquierda, llega a Bösebrücke, que había sido punto de control de la frontera. Si va hacia la derecha, todo recto, Millionenbrücke. A Añes no le gusta la calle que conecta este puente con el siguiente: a un lado hay un solar vacío y un campo de fútbol; al otro, una urbanización de cemento gris. Diez pisos de ventanas le dan el aspecto de una colmena. En lugar de tomar ese camino, que se le hace interminable, va a Behmbrücke pasando por las huertas, por detrás del campo de fútbol. En agosto, cruzaba ese puente con Marta en el coche de Martin en los viajes de ida y vuelta al punto de reciclaje. Siempre que va en esa dirección, los altivos álamos que se elevan por encima del sol le sugieren que se va a encontrar con un río. Pero no hay agua: por debajo, se extienden en las dos direcciones las vías del tren del eje norte-sur. Diez caminos se curvan por detrás de la urbanización gris, por debajo del Millionenbrücke, hacia la estación Gesundbrunnen. Desde este puente comienza una pasarela peatonal hasta Mauerpark. Otros cuatro raíles giran bajo esta pasarela, junto con los cinco más que atraviesan la estación, nueve en total, para dirigirse hacia el este. Parece que ese ovillo que une y divide las vías del tren se extiende sobre el cauce seco de un río. Es un paisaje amplio, con un alarde de nudos en el centro, que dejan elegir entre muchos posibles caminos.

Ruptura. Cuando se llega a una ciudad desconocida, podría pensarse que la vida va a empezar en ese momento. El inicio de París se le ha quedado ya lejos, y Añes no sabe si tiene ganas de hacerlo todo otra vez. Ha venido sin pensar en ello. Rompió con algo cuando fue a París. Allí también rompió con algo tras conocer a Marta. Ahora, ha venido a Berlín para no romper con Marta. Para no romper el único vínculo que le que-

da. Pero duda de si es justificación suficiente. Al fin y al cabo, tampoco ahora sabe qué es lo que busca. Solo sabe que no podía quedarse en París.

Una vez pasado el puente, encuentra una cafetería. Se escucha música clásica, y, aparte de la camarera que está leyendo el periódico, no hay nadie más. Lleva los labios pintados de un rojo vivo; mira a Añes a los ojos. Le sirve el café en una de las mesas de fuera, y se queda fumando un cigarro junto a la puerta. Justo enfrente, el sol ilumina una fila de árboles de ramas delgadas que va directamente hacia el parque.

—Mientras se pueda, hay que aprovechar para estar en la calle, ¿verdad? —le dice la camarera.

—Sí, no vamos a quejarnos de estar aquí.

Cuando el sol está llegando al punto más alto del día, Añes cruza el parque por el corredor del medio: el anfiteatro, el lago y, en la salida del parque, la línea de casas en la que vive Marta. A partir de ahí se adentra entre calles, sin objetivo, rumbo al centro. Se cruza con gente que le mira a los ojos, con gente que deja escapar una sonrisa. Sin saberlo, ha salido en busca de ese tipo de gestos vitales, a la caza de caricias de desconocidos.

¿Cómo se llamaban esos pájaros migrantes que siempre van al lugar más luminoso? En aquel cabo del sur de Islandia, cientos de pájaros blancos emergieron de la arena negra. Una pareja de turistas le dijeron el nombre de aquellas esbeltas aves, *Sterna paradisaea*. Las tuvieron sobre sus cabezas, chillando y agitando las alas con sonido mecánico. Añes había ido con Bruno a Islandia, pero recuerda el viaje como si hubiera estado sola.

Por la cristalera de la zapatería Camper ve a Marta metiendo un par de zapatos en una caja y entregándoselos al cliente con una amplia sonrisa. Cuando se sujeta la tripa con las dos manos, la nota cansada. Marta ve a Añes y le hace un gesto para que espere. Van juntas a comer a un restaurante bajo los arcos del tren. De camino, hay mercado en la plaza, y el aire huele a embutido, queso y crepes recién hechos. Se deciden por sentarse primero ante sendos platos de *Spätzle* y dejar los crepes para postre.

–Vender zapatos no es tu pasión, ¿eh?

–Prefiero enseñar francés, está claro. Pero esto es provisional, Añes.

–También podrías ser una desempleada provisional.

–Mira, si en estos meses antes de que nazca el bebé no tengo ingresos, recibiré muy poco cuando esté de baja por maternidad. Martin hizo los cálculos.

–Así será. Pero tú en París, entre otras cosas, dejaste el trabajo para venir aquí, y él tiene sueldo de abogado.

–También le pasa dinero a su madre. Que no recibe suficiente pensión. Vivo en su casa. Puedo vender zapatos unos meses para poder vivir cuando coja la baja. Es casi un milagro tener este trabajo. ¿Quién te crees que le da trabajo para seis meses a una embarazada?

Marta deja los *Spätzle* en el plato sin acabar. Añes se muerde los labios por la atmósfera que han creado sus comentarios.

–Podemos ir a ver la nueva película de Haneke.

–He quedado con Martin hoy a la noche.

–Claro.

Dejando para otro día el crepe que les hace recordar París y el plan del cine, Añes acompaña a Marta a la tienda, y coge el metro que la llevará a Gesundbrunnen. Se le sienta delante un hombre joven, este levanta súbitamente el pie y se quita el zapato para sacar un guijarro que le está molestando. El gesto es tan preciso, tan rápido, que Añes piensa: «va a sacar un arma y va a secuestrar todo el vagón». Pero todos viajan muy formales. Los párpados del guitarrista vibran con el motor de alguna droga. El estribillo menciona una mujer que se ha marchado. El que se marcha, a diferencia del que se queda, siempre tiene una razón. Añes imagina el panorama económico de Polonia en la década de los noventa, y considera que, para volver a Polonia, la mujer que vivía en su casa debía de sentir la falta de algo más que de unos cuantos besos.

Se fija en unas manos que sujetan un libro. Las reconoce. No quiere mirar al hombre a la cara, solo sus largos dedos, las uñas anchas que aplastan las puntas. Retirando la mirada eliminaría la posibilidad de que esas manos fueran las de Esteban.

La ocurrencia le parece normal. En París, durante muchos años imaginó que cualquier día se iba a encontrar con Esteban. Y eso es lo que sucedió una vez, reconoció la figura de Esteban desde el otro lado de la avenida.

A la salida de la estación Gesundbrunnen oye su nombre. Es Xuan, desde una de las mesas altas en el puesto de salchichas. Xuan es la única persona que conoce en la ciudad además de Marta.

—Añes, ¡qué alegría! —Se limpia los labios con el pañuelo de papel—. Déjame darte un abrazo. —Añes se aferra lo más firmemente posible al abrazo de Xuan—. Pide una salchicha para ti también.

—Vengo de comer con Marta ahora mismo.

—¿Y qué tal? Aquí tienen las mejores *currywurst* de la ciudad. Si no preguntales a estos dos.

Le presenta a la pareja que tiene al lado. Son unos amigos que han venido a visitarle, y Xuan les ha enseñado los alrededores de Wedding. A Añes le parece un barrio triste. Aceras llenas de caca de perro, casas de apuestas, salones de manicura y barberías.

—¿Qué tiene Wedding para enseñar? ¿Les has llevado a ver el Center?

—Es un barrio con raíces. Mira durante dos minutos ese cruce, sitúate mentalmente en su centro y deja a los peatones mezclarse contigo.

El semáforo se pone en verde, y los que estaban esperando cruzan la carretera. Un cigarro colgando de los labios, un teléfono, un joven al que empujan en silla de ruedas, un paraguas que se balancea, un perro atado, unos niños en sus carritos, un gesto para ponerse bien el pañuelo, una escalera de mano bajo el brazo, auriculares, botines con lentejuelas, bolsas de la compra que penden de los andadores de los ancianos. Entre todos tocan la marcha de lo que se quiere enseñar y no se puede esconder.

Xuan dice que quería enseñar a sus amigos un barrio normal. Han subido a la colina del parque Humboldthain, y les

ha mostrado el hermoso panorama del norte de la ciudad. Sobre la colina, el cielo toma el color oscuro de los árboles desnudos.

—Añeska, estas nubes traen tormenta. Vamos a una heladería donde sirven raciones enormes. ¿Vienes con nosotros?

Añes rechaza la invitación. Xuan lleva los platos a la ventanilla y limpia las manchas de tomate de la mesa con una servilleta de papel. Con otra, repasa la comisura de su boca que previamente había humedecido con la lengua. Hace un gesto a la pareja para ponerse en marcha. Luego besa a Añes en la mejilla.

—¿Cuándo vas a venir a cenar? Tengo una bicicleta para ti en el sótano.

Añes entra en el quiosco de su calle para comprar tabaco. El chico que lleva una bolsa de deporte del Barça al hombro pide tres cigarros sueltos y el vendedor se los apunta en la lista de deudas. Para comprar cigarros sueltos con Esteban camino al instituto, solían reunir las monedas de los dos. Compartían durante el día los cigarros que habían comprado por la mañana, se los pasaban el uno a la otra. Ha visto esas mismas manos sosteniendo un libro en el metro. Aparte de Esteban, nadie más le ha llamado nunca Añeska.

Una nota escrita con letra afilada pegada en la puerta. «Señora Arteaga, ¡¡¡recuerde que el miércoles debe guardar el felpudo, si no no puedo limpiar!!!» Le gustaría saber si el viejo loco trata de la misma forma a todos los vecinos. Se sienta en el balcón, y, cuando ha encendido un cigarro, suena el timbre. «¿Qué más querrá el Quijote?» Abre la puerta con la intención de mandar al viejo a tomar vientos. Pero en la escalera le sonríe un joven pálido que le saca dos cabezas. Lleva puestas las zapatillas de casa y deja caer a un lado la cadera para aproximarse a la altura de Añes.

—¡Ey! —dice, y Añes responde de la misma manera—. Soy Max. Vivo abajo, en el tercero.

—¿En la puerta del Vip Lounge? —Se ríe, además tiene pinta de reírse mucho—. ¿Tú también recibes una multa si no retiras el felpudo los miércoles? ¿O te salva ese Vip?

—¡Aquí no se salva nadie! Pero yo vengo en son de paz.

Ha venido a avisar de que el próximo viernes va a hacer una fiesta en casa para celebrar su cumpleaños, que se pase si le apetece, y le ha pedido que si no le apetece que por favor sea comprensiva.

Después de salir del trabajo, Marta espera el tranvía. A su lado, unas diez personas dispuestas a desdeñar el frío y a hacer frente a la noche del viernes. Bolsas de ropa en la mano, ensaladeras envueltas en papel de aluminio y botellas en los bolsillos de los abrigos. Marta también tiene un plan para la noche. Cuando pasa el cuarto tranvía en dirección contraria y ni uno solo en la suya, empieza a caminar con el bulto que es parte de su cuerpo.

Echa la ropa de trabajo a lavar y, además del jersey rojo, elige el collar de flores que fue de su madre. Para trabajar en la zapatería tiene que vestir ropa nueva, cada mes le dan una cantidad de dinero precisamente para eso. Ella en cambio, prefiere la ropa que fue de su madre, o la de segunda mano. Le gustan los objetos que perduran. Mientras se da crema en la cara y en las manos agrietadas por el viento frío, se alegra de la cita con Martin. Fuera de la cocina, que se ha convertido en el escenario de sus discusiones, en la mesa del restaurante, también la conversación tendrá un tono más ligero. Marta se reirá de las tonterías que dirá de vez en cuando Martin sin percatarse siquiera. Se pone el abrigo negro que le da justo para abrocharse los botones alrededor de la barriga, y, cuando coge el teléfono para mirar la hora, ve la llamada perdida y el mensaje de Martin. Sujeta su tripa con las dos manos como quien ha recibido un puñetazo.

Está a punto de llamar a Añes para decirle que acepta su plan para ir juntas al cine. «No puedo –piensa–, ahora no le puedo decir que Martin me ha dado plantón.» Se quita la ropa y, vestida con una camiseta amplia para dormir, se mete en la cama con *Les Annés* de Ernaux. No consigue concentrarse en la lectura. Oye los maullidos de un gato, las discusiones de los vecinos, los chirridos de los tranvías que circulan irregularmen-

te y los sonidos del exterior se le enredan con los de dentro en el torbellino de su cabeza. Las palabras de viento de Martin contra la atalaya indefensa de Marta. No solo sus palabras son de viento, el propio Martin es un viento brusco, y ha entrado por alguna ventana que ha dejado abierta Marta para sacudir los desvanes interiores que había estado cuidando durante años.

Marta está tumbada en la cama de una habitación que no es la suya devanándose los sesos y, de vez en cuando, nota dentro de la tripa los pellizcos de un gatito silencioso. La hora de acostarse de Marta suele ser el momento más movido del bebé, pero ella echa a Martin la culpa de su insomnio. Le está esperando, ella, que ha vivido casi treinta años sin esperar a nadie. Marta tenía ocho años cuando su padre le explicó que su madre no iba a volver del hospital. Marta pensaba por las noches que sí, que tal vez volvería como había vuelto siempre las veces anteriores. Aquella vez no volvió. Después de la muerte de su madre, al principio tuvo miedo de dormir sola. La abuela fue a Pamplona para vivir con ellos por una temporada, y dormía en la habitación de Marta. La abuela rezaba por las noches y Marta se tranquilizaba con su murmullo. Con la abuela aprendió a dormir otra vez como una piedra.

Al hecho de haber perdido esa piedra por el carácter de viento de Martin se le unen otras preocupaciones. Aunque se maneja bien con el idioma, aunque Añes también ha venido a Berlín, la situación misma es como para no dormir: llegar embarazada a una ciudad nueva, encontrar una matrona y un ginecólogo; tener que hacer los papeles, tener que entender el sistema. Vive con un abogado que conoce palabra por palabra todos los impresos que llevan una E por delante, pero Martin la ha animado a ser autónoma. Autónoma. Con un solo viaje nunca suele ser suficiente. Porque, aunque mire previamente los horarios, justo ese día la oficina está cerrada, o porque se están cambiando de edificio. Porque, aunque lleve todos los documentos de la lista, siempre, pero siempre, falta alguno. El que está de servicio, en lugar de ayudar, buscará fallos en los papeles de Marta. Y hasta saber si está todo en regla, siente una presión en el vientre.

Tiene el cuerpo en tensión, la mandíbula adormecida, las muñecas encogidas. Al poco rato oirá a Martin entrando por la puerta, y Marta no sabe cómo actuar. No sabe si lo que saldrá de su boca será un enfado irreprimible, o palabras de perdón por haber estado tan irascible y controladora últimamente. Vuelve a levantarse para ir al baño, para vaciar la vejiga por enésima vez, y se prepara una infusión para calmar los nervios, aunque eso no le hace ningún favor a la situación de su vejiga. Cada vez que oye una bicicleta entrar en el patio, se altera pensando que será Martin, y calcula el tiempo que necesitaría para subir la escalera. Las esperanzas vanas se van amontonando como oraciones que nadie escucha.

Marta recuerda aquella vez que Añes se quedó dormida en el piso de arriba de la sala Sputnik. Añes había estado a su lado en el concierto de CocoRosie. En un cosmos especial que reunía cajas de música, relinchos de caballo y sonidos de grillos de medianoche, le había llamado la atención aquella chica que parecía estar sola. Los gestos que hacía de vez en cuando parecían indicar que estaba esperando a alguien o que alguien podía estar buscándola. Seguía sola al final del concierto, en aquella sala en la que había más globos que en las ferias; a Marta le pareció que estaba emocionada y perdida entre la gente, y tirando de su mano, «*viens avec nous*», se la llevo con ella.

Añes se sentó junto a Marta y sus dos acompañantes en los asientos del piso de arriba. Se quedó dormida allí mismo. Alguien que era capaz de quedarse dormida allí, pensó Marta, tenía una gran necesidad de dormir. Cuando cerraron la Sputnik, Marta le preguntó, todavía en francés, si tenía que ir lejos. Añes vivía en el 14.^o *arrondissement* y Marta, en cambio, muy cerca de la Sputnik. Añes la siguió hasta casa sin decir casi nada, pero no parecía alguien que se fiara fácilmente de desconocidos. La siguió porque estaba en situación de extrema necesidad.

Llegaron a la cuarta planta en un viejo ascensor que podía pararse en cualquier momento. Fabio, el último compañero de piso de Marta, se estaba mudando y tenía el pasillo lleno de cajas de cartón. La que había sido la habitación de Fabio estaba

casi vacía, y allí colocaron el colchón que había hecho las veces de sofá en la cocina. Marta preparó una infusión de menta para las dos. Antes de irse a la cama ya había advertido que Añes no era francesa. La buena pronunciación de Añes y su mismo nombre la habían despistado. Al día siguiente se enteró de que era un nombre que también se usaba en euskera; en el caso de Añes, sus padres, antes de que ella naciera, habían vivido en Francia.

Del francés, pasaron a utilizar el castellano para hablar entre ellas. Antes de cambiar de idioma, por la mañana, cuando ayudaron a Fabio a meter las cajas en la furgoneta, Marta giró la cabeza y vio a Añes esperando el semáforo para cruzar la avenida, con la aspiradora en una mano y la mesa de la plancha en la otra. Aferrada a los objetos de otra persona para no caerse.

Cuando era niña, a pesar de que Marta solía querer llevar los gatos del pueblo a la casa de la abuela, los gatos preferían quedarse en la calle. Si estaban mal, pasarían por la casa para reponer fuerzas y luego volverían a marcharse. Pero Añes, en cambio, se quedó, y vivieron juntas casi dos años. En la esquina donde se unían la Rue y la Avenue des Gobelins.